

MARINA TSVIETÁIEVA

MI PUSHKIN

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Мой Пушкин*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2009 by Selma Ancira  
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-92649-06-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 137-2009

Ilustración de la cubierta: *Pushkin*,  
retrato de Orest Kiprenski (1782- 1836)

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Comienza como un capítulo del libro de cabecera de todas nuestras abuelas y madres – *Jane Eyre* – «El misterio de la habitación roja».

En la habitación roja había un armario misterioso.

Pero antes del armario misterioso había otra cosa: un cuadro en la recámara de mi madre – *El duelo*.<sup>1</sup>

La nieve, las varas negras de los arbustos, dos personas negras que arrastran a una tercera – de las axilas – hacia un trineo – y otro, uno más, de espaldas, que se va. Al que llevan es Pushkin, el que se va – D’Anthès.<sup>2</sup> D’Anthès retó a duelo a Pushkin, es decir, lo sedujo para que fuera a la nieve y allí, entre los arbustos negros y desnudos, lo mató.

Lo primero que supe de Pushkin fue – que lo habían matado. Después supe que Pushkin era poeta y D’Anthès – francés. D’Anthès odiaba a Pushkin porque él no podía escribir versos y entonces lo retó a duelo, es decir, lo atrajo hasta la

nieve y allí lo mató con un disparo de pistola en el estómago. Así, a los tres años, supe con firmeza que el poeta tiene estómago—recuerdo ahora a todos los poetas con los que me he encontrado—, y de ese estómago de poeta que con tanta frecuencia no está satisfecho y en el que hirieron de muerte a Pushkin, me he preocupado tanto como de su alma. Con el duelo de Pushkin en mí nació la hermana. Diré aún más – en la palabra *estómago* hay para mí algo de sagrado – incluso el sencillo «me duele el estómago» me anega con una ola temblorosa de compasión que excluye cualquier humor. Con ese disparo nos hirieron a todos en el estómago.

De Goncharova<sup>3</sup> no se decía ni una palabra, y supe de ella sólo cuando crecí. Ahora que la vida ha transcurrido, aplaudo calurosamente aquel silencio de mi madre. La tragedia burguesa adquirió la grandiosidad del mito. Sí, en realidad, en ese duelo no hubo un tercero. Eran dos: cualquiera y el único. Es decir, los eternos personajes de la lírica de Pushkin: el poeta y la plebe. La plebe, en esta ocasión, con el uniforme de caballero de la guardia real – mató al poeta. Una Goncharova, como un Nicolás I, siempre pueden encontrarse.

—¡No, no, no! ¡Pero tú imagínate!—decía mi madre sin siquiera imaginarse quién era ese «tú»—, herido de muerte, tendido en la nieve, y no renunció a su disparo. Apuntó, acertó y se dijo a sí mismo: «¡bravo!»—mi madre con un tono que a ella, como cristiana, le habría sido natural para decir: herido de muerte, ensangrentado—, ¡y perdonó a su enemigo! Arrojó su pistola, extendió el brazo, devolviendo así, con toda claridad, a Pushkin al África de venganza y pasión de sus antepasados, sin sospechar siquiera qué lección para toda la vida—si no de venganza, sí de pasión—me daba a mí, una niña de cuatro años que apenas sabía leer.

Negra con blanco, sin una sola mancha de color, la recámara de mi madre; negra con blanco la ventana: la nieve y las ramas de aquellos arbus-tos; negro con blanco un cuadro – *El duelo*, en donde, sobre la blancura de la nieve, se lleva a cabo la eterna obra negra: el asesinato del poeta – por la plebe.

Pushkin fue mi primer poeta, y a mi primer poeta – lo mataron. Desde ese momento, sí, desde el momento en que ante mis ojos en el cuadro de Naúmov mataron a Pushkin, cada día, cada hora, ininterrumpidamente, mataron toda mi niñez, mi

adolescencia, mi juventud. Fue entonces cuando dividí el mundo en el poeta – y los demás, y elegí – al poeta, tomé al poeta bajo mi protección: defender al poeta – de los demás, sin importar ni cómo se vistieran ni cómo se llamaran.

Había tres cuadros así en nuestra casa de Triojprudny:<sup>4</sup> en el comedor – *La aparición de Cristo ante el pueblo*, con el enigma jamás resuelto de aquel Cristo absolutamente pequeñito e incomprensiblemente cercano, absolutamente cercano e incomprensiblemente pequeñito; el segundo, sobre la estantería de las partituras en la sala – *Los tártaros* – tártaros que, en largas túnicas blancas, en una casa de piedra sin ventanas, entre dos grandes columnas blancas mataban al tártaro principal (*El asesinato del César*) y – en la recámara de mi madre – *El duelo*. Dos asesinatos y una aparición. Y los tres eran terribles, incomprensibles, amenazadores – y el bautismo con aquellas gentes y aquellos niños, desnudos, con el pelo rizado, negros y de nariz aguileña, que habían llenado tanto el río que ya no quedaba ni una sola gota de agua, no era menos terrible que los otros dos – y todos preparaban espléndidamente al niño para el siglo terrible que le esperaba.

Pushkin era negro. Pushkin tenía patillas (NB: Sólo los negros y los viejos generales las tienen), Pushkin tenía el pelo crespo y los labios abultados, y los ojos negros con el blanco del ojo azulado, como los de un cachorrito, contrariamente al color claro de sus ojos en los múltiples retratos que de él se han hecho. Si era negro – debía de tenerlos negros.<sup>a</sup>

Pushkin era un negro como el negro del pasaje Alexandrovski, que tenía un oso blanco en dos patas junto a la fuente siempre seca a la que solíamos ir con mi madre para ver: ¿habrá brotado? Las fuentes jamás brotan (¿cómo podrían hacerlo?), el poeta ruso es negro, el poeta – es negro, y al poeta – lo mataron.

(Dios, ¡cómo se hizo realidad todo esto! ¿Qué poeta, vivo o muerto, no es negro, y qué poeta no ha sido asesinado?).

Pero antes de *El duelo* de Naúmov—ya que cada recuerdo tiene su ante-recuerdo, su pre-recuerdo, su antepasado recuerdo, como una escalera de bomberos por la que descienes de espaldas sin saber si habrá todavía un escalón – que siempre hay – o como un repentino cielo noctur-

<sup>a</sup> Pushkin tenía el pelo y los ojos claros.

no en el que descubres nuevas y nuevas estrellas, cada vez más altas, cada vez más lejanas—, pero antes de *El duelo* de Naúmov había otro Pushkin, un Pushkin de cuando yo todavía no sabía que Pushkin era Pushkin. Un Pushkin que no era un recuerdo, sino un estado, Pushkin – siempre y desde siempre. Antes de *El duelo* de Naúmov había la aurora, y de ella nacía, en ella se hundía, cortándola con los hombros, como el nadador – el río: un hombre negro, más alto y más negro que todos – con la cabeza inclinada y el sombrero en la mano.

La estatua de Pushkin<sup>7</sup> no era una estatua de Pushkin (caso genitivo), sino simplemente la-estatua-de-Pushkin, en una sola palabra, con dos conceptos de igual modo incomprensibles e imposibles de existir por separado: estatua y Pushkin. Eso que es eterno, que está siempre allí bajo la lluvia o bajo la nieve —¡oh, cómo veo esos hombros cargados de nieve, esos hombros africanos cargados y vencidos por todas las nieves rusas!—con los hombros expuestos a la aurora o a la tormenta, ya sea que llegue yo o que me vaya, que corra en dirección a él o para alejarme de él, está allí con su eterno sombrero en la mano, se llama «La-estatua-de-Pushkin».